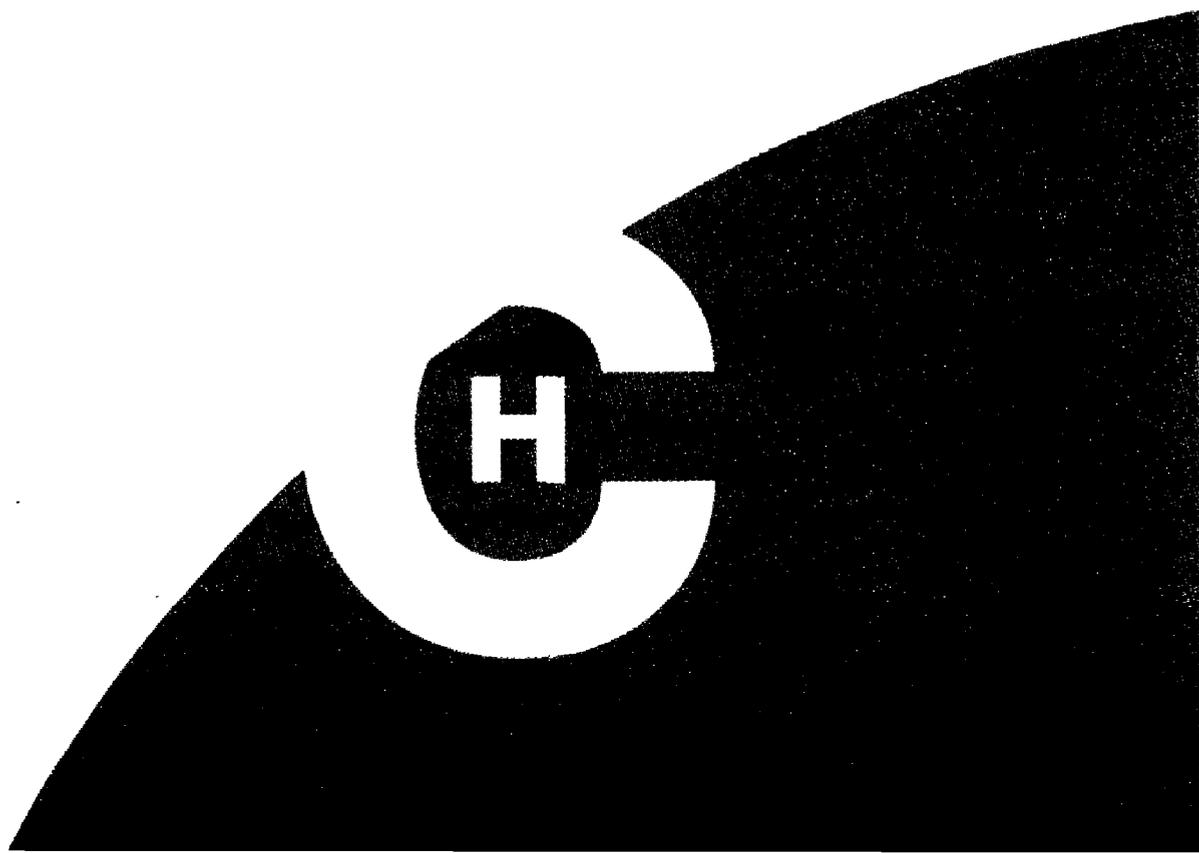


Editorial

Benjamín Prado

T. S. Eliot hizo correr el rumor de que abril es el mes más cruel, pero a nosotros nos parece que lo es enero, que se llevó Ángel González. Nosotros somos Los Viudos de Ángel, según suele repetir Joaquín Sabina, con quien acabo de hacer una especie de gira poética por varias ciudades que se parecieron unas a otras en el aspecto de las salas donde íbamos a leer: todas estaban abarrotadas, con gente por los pasillos y muchas personas que se habían quedado sin sitio esperando a la entrada. Seguramente hay una lectura de ese fenómeno que va más allá de la comparación entre fama de una estrella de la música y la de un escritor, porque bastaba con estar allí, en lugares tan distintos entre sí como Pamplona, Málaga, Sevilla o, antes, en Valencia, Madrid o Murcia, para ver que el público que llenaba esos lugares no estaba allí para ver a Sabina, sino para oír lo que dicen sus poemas. Y los escuchaban, los suyos y los míos, con una atención tan intensa que, si uno no hacía una interpretación superficial del fenómeno, lo que se celebraba en esos momentos era la fiesta del lenguaje, el poder de la literatura para expresar emociones e ideas y para proporcionar placer intelectual y, en algunos casos, hasta físico. Es decir, todo lo contrario de lo que suelen repetir los agoreros, quienes aseguran que los libros van a desaparecer y que la cultura es algo super-



fluo o, como máximo, una actividad decorativa. Desde luego, no daba la impresión de serlo para quienes estaban en esos recitales, porque mientras transcurría el espectáculo parecía que lo que allí se estaba diciendo les importaba y, al finalizar, en el momento en que se acercaban a pedir una dedicatoria, su aspecto era el de mujeres y hombres felices. ¿Habría a quien eso le parezca poco?

Tal vez sí, porque hubo algunos periodistas que hicieron notar en sus crónicas que esas lecturas parecían un concierto de rock y el recital, un espectáculo, con todos sus ingredientes característicos. Sin duda, lo fue, pero ¿eso lo degrada desde algún punto de vista? Recuerdo que mi maestro Rafael Alberti, a quien acompañé a cientos de lecturas, dentro y fuera de España, durante catorce años, siempre decía: «Si la gente se molesta en salir de casa y venir a verte, hay que lograr que se entretenga, que lo pase bien.» Y lo cierto es que él no era una estrella del rock pero sus recitales eran igual de multitudinarios, y los asistentes aplaudían a rabiar cada poema, y salían igual de las salas, con el rostro iluminado y un autógrafo en la primera página de un libro. Quizá se podría sacar de todo esto la conclusión de que un esfuerzo por parte de los escritores a la hora de intentar conectar con la otra mitad de sus obras, que son sus lectores, conseguiría que la poesía fuera menos minoritaria, que lograra echar en su red a más ciudadanos. Un esfuerzo por dentro y por fuera de sus poemas.

Naturalmente, por fortuna no hay ni una sólo clase de poesía ni un solo modo de leerla, y no hay más que irse al extremo contrario y sentarse a oír a Juan Gelman, que lee sus poemas en un tono monocorde, en voz baja y sin hacer la más mínima concesión al espectáculo. El resultado es que el público que va a sus recitales también sale de ellas hechizado. Ocurrió en esta casa, en la sede de la AECID, donde el último premio Cervantes presentó su último poemario, *Mundar*, con una lectura que celebraba el Día Mundial del Libro y los Derechos de Autor y que fascinó a los muchos asistentes al acto. En realidad, también hay algo teatral en el modo conciso de leer de Gelman y quizá ésa sea la clave de su éxito. En resumen, que la poesía puede volverse más visible sin perder profundidad, siempre y cuando se ponga al alcance de la mano de los lectores. En mi opinión, merece la pena intentarlo. Por cierto, que Alberti, Gelman y Sabina parecen muy distintos, pero se parecen en lo básico: los tres son magníficos poetas. Quien lo probó lo sabe, como dice el clásico ©

